

CAPERUCITA ROJA

UN CUENTO DE HADAS

DEL LATÍN



RONALD LANGEREIS ~ AMSTERDAM 2026

Caperucita Roja

Un cuento de hadas

En una casita cerca del linde del bosque vivían una madre y su hija, a quien todos adoraban, especialmente su abuela, que habitaba en una cabaña al otro lado del bosque. Para su cumpleaños, le regaló a su nieta la capa roja con capucha que ella misma había usado durante años cuando era niña, recortada a la mitad para mayor comodidad. Desde entonces, nunca se vio a la niña sin aquella capa roja con capucha, y los vecinos empezaron a llamarla Caperucita Roja.

Una mañana, la madre llamó a la niña y le dijo: «El cazador acaba de decirme que la abuela está en cama con fiebre. Ve rápido a verla y llévale esta hogaza de pan y un poco de vino, para que recupere las fuerzas y sane pronto. Pero prométeme que irás directamente por el bosque, sin entretenerte y sin hablar con desconocidos».

La niña así lo prometió. Puso el pan y el vino en una cesta de mimbre, se despidió de su madre con un beso y se puso en camino.

Una vez bajo la bóveda verde, avanzaba a buen paso hasta llegar a un roble enorme; en su rama más baja se posaba un cuervo.

—Buenos días —graznó el ave—. ¿Caminas sola por el bosque? ¿A dónde te diriges, Caperucita Roja?

—Buenos días también para ti, hermano cuervo —respondió ella—. Me dirijo a casa de mi abuela. Vive al otro extremo del bosque. Ha enfermado y le llevo algo de comida y bebida.

—¡Vaya! ¿Acaso no has oído hablar del lobo que merodea por estos lares? Hace poco lo vi acechando cerca de los corrales de las granjas. Ten cuidado por dónde vas, querida... a menos que, tal vez, ¡prefieras encontrarte con él!

Y, al decir esto último, soltó una carcajada estridente.

—¡Oh, no! —exclamó la niña, algo sobresaltada—. ¡Por los dioses inmortales! Que jamás llegue a ver a esa bestia. Te agradezco mucho, hermano cuervo, tu buen consejo. De ahora en adelante, vigilaré cada uno de mis pasos.

El lobo, sin embargo, estaba escondido entre los arbustos y había escuchado su conversación. Cuando la niña se despidió del cuervo, él comenzó a seguirla a poca distancia. Ella no se percató de su cercanía y, al entrar en un claro que Flora había pintado con miles de flores, le pareció buena idea recoger un puñado de ellas para regalárselas a su abuela.

Entretanto, el lobo pensaba abalanzarse sobre ella allí mismo y por sorpresa, pero al ver a dos leñadores trabajando no muy lejos, desistió de intentarlo. En su lugar, echó a correr por el bosque y poco después llegó a la cabaña de la abuela.

Al encontrar la puerta entreabierta, entró sin dificultad y, una vez dentro, arrastró a la anciana por los pies fuera de la cama y la devoró de un solo bocado, pues ella era menuda y flaca, y enorme la boca de la fiera. Apenas satisfecho, se acurrucó en la cama y aguardó la llegada de la muchacha.

¡Qué curiosos y entrometidos son esos cuervos!

Tras despedirse de la niña, el cuervo voló hasta la casa de su abuela. Desde las oscuras sombras de un frondoso enebro, observó al lobo entrar en la cabaña. Al principio se quedó quieto y luego se posó en una rama de pino que se apoyaba en el tejado. Asomándose por la única ventana, vio al lobo tumbado en la cama de la mujer. Después, voló silenciosamente de vuelta al claro donde los leñadores seguían trabajando. Con sus fuertes graznidos, llamó su atención y les contó todo lo que había visto.

Los leñadores se alarmaron mucho, pues conocían bien a la anciana. A menudo les había ayudado, ya que era experta en hierbas medicinales y sabía mucho de curación de heridas. Cogieron sus hachas y corrieron a su casa lo más rápido que pudieron.

Por aquel entonces, Caperucita Roja había llegado a la cabaña.

Entró y, en cuanto sus ojos se acostumbraron a la penumbra reinante, dejó la cesta y las flores sobre la mesa de caballetes y preguntó:

—¿Cómo estás, abuelita? Mira, soy yo, Capa.

—Qué alegría verte, Capa —susurró el astuto lobo con una voz ronca y tenue.

—¡Vaya! Tu voz... —dijo la niña—, ¡parece la de una desconocida!

—Son cosas de la enfermedad —gimió el lobo—; pero anda, querida, quítate la ropa y acuéstate a mi lado; así estaremos más a gusto y me resultará más fácil hablar.

La niña colgó la capa y la túnica en la mesa y se reunió con su abuela bajo la manta.

El lobo no tenía mucha hambre, así que decidió, por el momento, divertirse un poco con ella primero. La abrazó con sus cuatro patas y, manteniéndola frente a frente, la apretó contra su pecho. En cuanto ella sintió la aspereza de su pelaje, exclamó:

—¡Abuela! ¡Ay, estás llena de pelo por todas partes!

—Así es, palomita mía, como corresponde a mi edad. Los años traen pelo, como suele decirse. Pero tú, muchacha, tienes una cabellera preciosa, larga y suave como la de un cordero... —y mientras hablaba, hundió su largo hocico en el cabello de la chiquilla y olfateó.

—Qué dulce es tu olor —dijo, relamiéndose.

—¿De verdad?

—¡Y mira estas orejas! —continuó el lobo—. ¡Qué bocaditos tan sabrosos! —y con la lengua le lamió el lóbulo de la oreja.

—Aunque sirven bien para oír.

—¡Y tu nariz también! Otro bocado delicioso... —y volvió a pasarle la lengua.

—Aunque sirve bien para oler, y... ¡por la Gran Cloaca! Lo que huelo no es nada agradable. Te huele el aliento, abuela.

—¡Ay, sí, esa boquita traviesa tuya! Demasiado pequeña para decir cosas tan groseras. Le debes un beso a tu abuela por eso, Capa.

A regañadientes, la chica apenas rozó el largo hocico con los labios y recibió un lametazo a cambio.

—¡Puaj! No hagas eso...

—¿Y esto de aquí? —preguntó el lobo imperturbable, acariciándole la garganta con el dorso de la pata—. ¿Sin pelo? ¡Tu cuello y tus hombros no tienen nada de pelo! Solo piel desnuda, deliciosamente dulce y tierna.

—¡Pero abuela! ¿Has olvidado que a las vírgenes y a las mujeres no les crece pelo en el cuerpo?

—¡Y toca estos pechos! Tan suaves y tiernos como una ubre de cerda, ¡pero firmes, sin embargo! —e, inclinándose, el lobo comenzó a lamerle los pechos. Incapaz de contenerse, comenzó a mordisquearle los pezones, se acercaba al punto en que perdería toda inhibición.

Capercita hizo cuanto pudo por apartarlo, pero fracasó estrepitosamente. Con ambas manos fuertemente apoyadas contra el pecho de él, de repente se dio cuenta de que algo andaba mal en el plano físico y, presa de la desesperación, exclamó:

—¡Pero, abuela! ¿Dónde están tus pechos?

El lobo, con un gruñido, hizo un esfuerzo por recuperar la compostura.

—Secos, marchitos —aventuró—. ¿Acaso no sabes que los pechos de las mujeres se marchitan poco a poco con la edad? Y yo soy, en verdad, muy vieja.

—¡Tonterías! ¡Mal me pende si lo sabía! Jamás había oído hablar de eso. Conozco a mujeres mayores, a unas cuantas...

Mientras hablaba, sintió que la pata de él se deslizaba hacia su vientre y, por puro impulso, acompañó el movimiento con las manos.

—¡Oh! El vientre blando —suspiró el lobo babeando—, la sección de delicatessen del cuerpo —y se lamió los labios de nuevo.

La chica, entretanto, le palpaba la barriga y se mostraba muy sorprendida por ella.

—Pero abuela, ¿cómo es que tienes la barriga tan grande? No estarás embarazada, ¿verdad?

Aquello hizo que el lobo soltara una carcajada.

—Jajaja, si supieras... Tal vez haya alguien ahí dentro, mi pequeña golosina, alguien deseoso de conocerte.

Su pata descendió aún más y ahora le tocó a él sorprenderse.

—¡Vaya! Al final no estás tan desnuda. ¿Qué es esto que siento aquí mismo, mi pequeña conejita? —y manoseó los rizillos de su ingle.

—¡Basta! —gritó ella, alzando las rodillas por la vergüenza.

Apartó de un manotazo la pata de él de su bajo vientre y, al hacerlo, dio con ciertas partes de la anatomía del lobo cuya sola presencia bastó para disipar cualquier duda restante. Las apretó con bastante fuerza, lo que hizo que el lobo jadeara con violencia.

—¡Impostor! —exclamó ella—. ¡No eres mi abuela en absoluto! —y, propinándole una patada en la barriga con todas sus fuerzas, saltó de la cama al suelo.

En ese preciso instante, la puerta se abrió de golpe y dos hombres irrumpieron en la estancia, uno tras otro. El primero, tras evaluar la situación en un abrir y cerrar de ojos, blandió su hacha. El lobo, que se había alzado con rapidez, recibió el golpe de hierro en el hombro. Mientras el animal yacía en el suelo aullando, el segundo hombre se lanzó hacia adelante y le cortó la cabeza de un solo tajo. La cabeza rodó por el suelo hasta quedar frente al rostro de la chica; ella miraba directamente hacia aquellas fauces abiertas de par en par. No habría tardado en perecer entre ellas de no haber acudido aquellos hombres a rescatarla en el último instante.

Ella gritó aterrorizada y, apenas se apagó el sonido, brotaron lágrimas de sus ojos y rompió a sollozar desconsoladamente.

Los hombres intercambiaron unas breves palabras. Luego, el segundo —que era más joven— tomó a Caperucita Roja en brazos y la llevó al exterior. La chica lo abrazó por el cuello y, apoyándose en su pecho, le empapó el hombro con sus lágrimas.

El hombre se dirigió al arroyo que corría a cierta distancia, detrás de la cabaña. Allí se sentó sobre una roca y la acunó en su regazo. Intentó consolarla susurrándole palabras dulces al oído.

Pero, como suele ocurrir cuando un hombre joven y lleno de vigor intenta consolar a una muchacha angustiada —y más aún si ella está desnuda desde el principio—, comenzó a acariciarla, a palparla y a besarla; no pasó mucho tiempo antes de que ella, entre sollozos, correspondiera a sus besos. Finalmente, se recostaron sobre la hierba suave de la orilla y cedieron al silencioso mandato de Eros. Más tarde, se refrescaron en el arroyo y volvieron a abrazarse varias veces antes de regresar a la cabaña.

Al regresar, cogidos de la mano, vieron que el otro hombre tampoco había perdido el tiempo.

Había desollado al lobo y descuartizado la carroña. Arrojó los restos ensangrentados al estercolero, como ofrenda a los cuervos que, con graznidos excitados, ya se congregaban en las copas de los árboles circundantes. Había depositado el cuerpo de la abuela junto al hoyo que aún seguía cavando. Al verlos llegar, los observó a ambos y sonrió con aire cómplice.

Cuando el hoyo fue lo bastante profundo, bajaron el cadáver. La chica lo cubrió con la capa roja —al fin y al cabo, había sido suya— y esparció sobre él las flores que había recogido en el claro. Llevaron a cabo los ritos funerarios y pronunciaron las palabras que debían decirse en honor del difunto. Después los hombres llenaron la fosa de tierra mientras la chica permanecía allí, llorando, simplemente observando.

Solo entonces se tomaron un respiro y, mientras disfrutaban del pan y el vino que ella había traído consigo, conversaron sobre lo que había sucedido y lo que podría haber ocurrido, hasta que se quedaron dormidos uno tras otro.

Más tarde, partieron para llevar a la chica de regreso a casa. El hombre mayor cargaba con la piel del lobo; el más joven, con la cruel cabeza; y Caperucita —ya sin la capa que le daba nombre— guiaba a la cabra de la abuela tirando de una cuerda.

Al pasar por el claro, el hombre mayor regresó a la zona de tala para recoger las herramientas y otras pertenencias, y ambos siguieron su camino sin decir mucho, cada uno absorto en sus propios pensamientos.

Al atardecer llegaron a la cabaña. Su madre, cada vez más preocupada con el paso de las horas, había estado pendiente de su llegada y ahora, enormemente aliviada, los hizo pasar. —¿Por qué traes esa cabra? —preguntó—. ¿Y dónde está tu capa? Entonces relataron la horrible historia hasta el último detalle; o mejor dicho, casi hasta el último, pues se detuvieron justo antes de llegar a la parte más íntima. Sin embargo, la madre, al observar las miradas que intercambiaban constantemente y notar el cuello sonrojado de su hija, sospechó más de lo que ellos imaginaban. Por fin el joven se despidió, pero su despedida fue más allá de lo habitual y se prolongó mucho más de lo acostumbrado.

Al día siguiente, al amanecer, allí estaba él de nuevo. A la madre le había traído un panal, lo cual la complació enormemente. La muchacha, que había quedado totalmente prendada de él, lo siguió al bosque, donde pasaron juntos la mayor parte del día.

Ronald Langereis, editor
Yo y mi traductor de IA
Amsterdam ~ 10 de octubre de 2026

Para la versión latina original de 2017 – [Haz clic aquí](#).

También disponible:
– traducción al [inglés](#) o al [neerlandés](#)